

YO SOY TU

Argumento de

JORGE DELANO F.

Dirección de

"COKE"

*LOS EPISODIOS Y PERSONAJES
QUE APARECEN EN ESTA
PELICULA SON AUTENTICOS
Y NO UNA MERA COINCIDENCIA*

No recomendable para señoritas

*León versus Caballo. Don Ramón me inspiró
la caricatura "Se chupó", que don Arturo
se chupó.- Incineración de "Topaze"
y pesquisa afortunada*

EMPEZABA a correr la segunda se-

mana de enero de 1938. Preocupado por la actualidad política que me tocaba afrontar en "Topaze" después del discurso pronunciado por don Arturo en la Escuela de Aviación, en el que atacó con insólita rudeza a don Carlos Ibáñez, me dirigí en busca de inspiración al Cementerio General. Necesitaba serenidad para glosar la candente actualidad. Armado de un lápiz y un block de bolsillo, me senté en las gradas de un mausoleo. ¿Cómo "graficar" la actitud del León, que, siendo Presidente de la República, había arremetido en el almuerzo de un cuartel militar contra un general que había ocupado igual investidura? El general había reaccionado violentamente en carta abierta publicada en varios diarios, y cuando todo el mundo esperaba una actitud altiva de don Arturo... éste "se chupó". Sin embargo, "La Nación", cuyo presidente era el general Bravo, sostenía que el Presidente había sabido responder con energía a la insolente carta de Ibáñez.

La verdad fué que don Arturo captó la mala impresión causada por su discurso entre los militares.

Siguiendo mi costumbre, apunté varias ideas sobre el tema; pero ninguna me satisfizo. Inconscientemente di una mirada al interior del sepulcro, en cuyas gradas me había instalado, y con extrañeza vi el nombre del difunto que dormía "esta vez" el sueño eterno: don Ramón Barros Luco.

"Ayúdeme, don Ramoncito", pedí mentalmente; y como si el macuco Presidente hubiera escuchado mi súplica, rebotó en mi mente la idea de la caricatura que bajo el título "Se chupó" fué la causante, algunos días después,

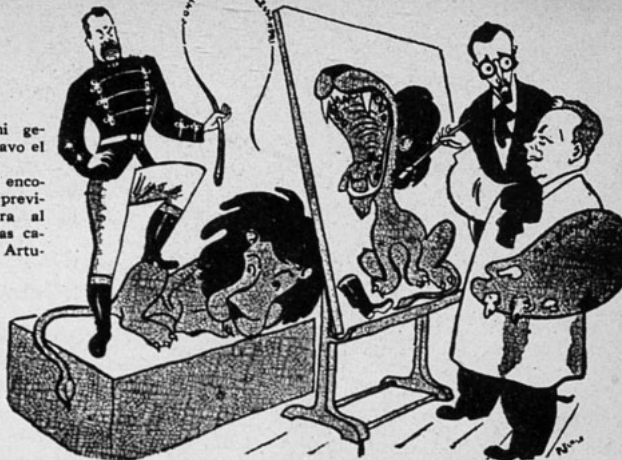
SE CHUPO

TOPAZE:—¿Sabe, mi general, que no es tan bravo el león como lo pintan?

(La caricatura le fué encomendada a "Pekén", previéndole que dibujara al león sin ninguna de las características de don Arturo.)

de la incineración de la edición N.º 285 del semanario.

Para demostrarle mi agradecimiento a don Ramón, le hice un croquis de su cara, mostrándolo con un ojo abierto y otro cerrado, y lo introduje por una rendija de su lápida, donde seguramente está todavía.



De acusado me transformo en acusador

La noche en que se daba término a la impresión de la edición 285 en la Imprenta Leblanc, de propiedad de don José Stanley, se presentó el prefecto de Investigaciones, don Oscar Peluchonneau, acompañado de varios agentes, con una orden de detención en contra mía y otra de confiscación de la edición. ¿Cómo se habría impuesto el gobierno del contenido de ese número?

Fué inútil mi protesta. Me introdujeron en un automóvil que, seguido de otros, me condujo con toda la edición a los Tribunales de Justicia. Siempre recuerdo el diálogo sostenido durante el trayecto con el prefecto Peluchonneau.

En esta caricatura aparece el León con la cara de don Arturo. Está protegiendo a sus cachorros, Fernando, Jorge y Eduardo, de las acechanzas de las otras fieras del zoológico político.

Coke. —Yo soy un modesto "Barómetro de la Política Chilena". Los que se encolerizan con mis caricaturas proceden en forma tan desatinada como pudieran hacerlo aquellos que arremetieran contra un barómetro cuando su puntero anuncia tempestad.

Pelucho. —Yo no hago más que cumplir órdenes superiores.

Coke. —Cuando las órdenes impartidas son arbitrarias, hieren al que las da y a los que las cumplen.





Feliz aparezco yo en esta foto, retirando de los Tribunales de Justicia, después de haber sido absuelto, los ejemplares de la edición de "Topaze" N.º 285. Me acompaña Alfredo Valenzuela Donoso, que con valentía e inteligencia colaboró en la pesquisa que dió con los corrales en que fué incinerada la edición.

y mostrándome las páginas centrales, me interrogó:

—¿Ha sido su intención personificar al Presidente de la República en la figura de este león?

Rápidamente hice la composición de lugar, y con un aplomo del que yo mismo me extrañé, respondí:

—Me sorprende que S. S. suponga que S. E. pueda ser representado por un animal.

Yo había tenido la precaución de hacer aparecer al león sin ninguno de los atributos faciales con que caracterizábamos a don Arturo. En el dibujo aparecía una vulgar fiera de circo pobre, sin onda ni nariz colorada.

Pelucho. —La caricatura es muy ofensiva para S. E.

Coke. —No lo estimo así. Tuve otras ideas que, sin ser ofensivas, resultaban más peligrosas: Una en que los militares, después de escuchar la diatriba en contra del general Ibáñez, en lugar de aplaudir, producían ruido de sables... ¿Le habría parecido mejor? En cambio, ésta es una representación objetiva de los hechos, que yo no podía abstenerme de comentar.

Pelucho. —Es mejor que se lo explique al ministro sumariante que nos espera en los Tribunales.

Coke. —¿Puedo solicitar la presencia de mi abogado?

Pelucho. —Imposible. Usted tendrá que defenderse personalmente.

Serían las 10 de la noche cuando entrábamos en el Palacio de los Tribunales.

El ministro instructor del proceso, señor Aylwin, tomó lentamente un ejemplar de "Topaze",

Desconcertado el ministro ante mi audaz respuesta, que lo transformaba de acusador en acusado, suspendió el interrogatorio y me declaró absuelto.

Fuí notificado de que podía retirar del sótano de los Tribunales la edición 285, la que yo mismo ayudé a acarrear a unas carretelas, para llevarla a nuestro local de la calle Moneda, como puede verse en la fotografía adjunta.

Esa tarde observé que Peluchonneau pasaba frente a nuestras ventanas. Quise saludarlo, aunque me esquivó. Pensé que se sentía molesto por la derrota obtenida, pero el prefecto volvió a pasar, y esta vez con la solapa levantada, creyendo que así no lo identificaría.

Vi también que algunos individuos sospechosos se habían detenido frente a nuestra casa. Convencido de que se nos preparaba una sorpresa, le ordené a Sixto, mi mozo, que se quedara esa noche en la oficina y que al primer síntoma inusitado me llamara por teléfono.

Como a las 6 de la madrugada uno de mis cuñados me comunicó que la redacción había sido asaltada.

Me levanté rápidamente. Cuando llegué a "Topaze", el asalto estaba consumado, y Sixto me explicó que intentó llamarme por teléfono, pero que la línea había sido cortada. La policía de Investigaciones se había llevado en un camión toda la edición y varios originales de caricaturas de don Arturo Alessandri.

Tenía que obrar sin pérdida de tiempo y pensé buscar inmediatamente un abogado de prestigio que fuera adversario político del Presidente. El hombre indicado me pareció Juan B. Rossetti. Me dirigí a su domicilio y lo convencí de que me ayudara. Se levantó e hizo la denuncia correspondiente en el Juzgado. Ambos nos preguntábamos qué podían haber hecho con la edición, pero no se nos ocurría cómo y a quién averiguar su destino. Rossetti, después de los primeros trámites, le confió mi defensa a Arturo Natho.

A mediodía todo Santiago conocía lo ocurrido. Fuí llamado por el intendente, don Julio Bustamante, a su despacho, y sostuvimos el siguiente diálogo:

—¿Qué le ha pasado, mi amigo, que me dicen que le asaltaron su oficina?

Nunca, como en esa ocasión, mis poderes psíquicos fueron más útiles. Desde varias horas mi cerebro era un tirabuzón que buscaba hacia todos lados la explicación de los hechos y la suerte que había corrido la edición de la revista.

Yo estaba, pues, en estado excepcionalmente receptivo, así es que atrapé sin dificultad la respuesta mental de Bustamante.

Vi una gran hoguera y tuve la revelación de que la revista había sido quemada.

—Usted mandó quemar la edición anoche —le respondí con tal firmeza, que el intendente se paralogizó y hasta su rostro cambió de color. Después de algunos segundos se repuso y con tono airado contestó:

—¿Se da cuenta de su insolencia? ¡Si no prueba en seis horas más su afirmación, lo voy a meter preso!

—Se lo probaré antes del plazo que usted me ha fijado —le respondí; y dando media vuelta, abandoné su despacho.

Una vez en la calle, me pregunté: “¿Y qué hago ahora?”

Busqué en seguida a mi amigo y periodista Alejandro Oteiza y le conté lo ocurrido. Ya no tenía duda de que la edición había sido quemada, de modo que nos pusimos a averiguar si había algún local, en los alrededores de Santiago, dependiente de la policía. Se nos informó que por la calle Andes, a unas diez cuadras pasado Matucana, existían unas caballerizas que dependían de Investigaciones. Me aprovisioné de una máquina fotográfica y nos dirigimos en un auto al sitio elegido.

Cuando estábamos cerca, me dediqué a interrogar a cuantas personas pasaban:

—¿Ha visto hacer una fogata anoche?

Todos nos respondían negativamente.

Cuando ya estábamos perdiendo las esperanzas de dar con la pista, desembocó por una esquina una muchachita de unos diez años.

La detuve y le repetí la pregunta.

—Sí, “caallero”. Anoche se le llenó a mi mamita la batea de papel “quemao”.

—¡Llévenos a su casa, “mijita”! —le pedimos. Y ni cortos ni perezosos

echamos a la chica al auto y partimos a la dirección que indicó.

Momento en que se descubrió el sitio en que fué incinerada la edición N.º 285.



Después de hablar con la madre de la muchacha y explicarle el objeto de nuestra visita, la señora nos llevó al patio en que tenía la batea.

—¡Si ustedes vieran todo el papel quemado que cayó aquí! Miren cómo está el parrón.

Tomé algunos trozos de papel y pude comprobar que eran restos de la edición N.º 285. Entonces le pedí a Oteiza que fuera a buscar al juez, don Pelegrín Sepúlveda, que estaba a cargo del sumario.

Media hora después llegó mi amigo con el juez y el actuario Vivanco. Con toda agilidad se trepó don Pelegrín al parrón y encontró nada menos que la página con la caricatura "Se chupó" casi intacta.

Parecía que algún ser intangible me hubiera prestado su protección. El juez Sepúlveda guardó la página en su cartapacio, junto con otras a medio quemar, y se lo entregó al actuario. De ahí nos dirigimos a los corrales de la policía. Me parecieron demasiado limpios. El suelo estaba cubierto con maicillo recién puesto. Don Pelegrín ordenó que trajeran una pala y retiraran el maicillo. ¡Cuál no sería nuestra alegría al ver aparecer en el suelo las huellas calcinadas de los paquetes de revistas! Tomé varias fotografías y el juez decretó la incomunicación del recinto y la detención del personal que se encontraba presente. Una hora después había dictado orden de prisión contra el prefecto Peluchonneau y otros jefes de la policía, y en la tarde se pedía la destitución del intendente Bustamante. A la hora de comida, el Gabinete estaba a medio renunciar y en la noche el Presidente Alessandri habló por la Radio del Estado declarándose responsable del asalto e incineración de "Topaze".

* * *

Waldo Palma, que a pesar de los "cocowaldopalmerazos" que le pegábamos en "Topaze" es mi amigo, estaba ausente de Santiago durante estos incidentes. Estoy seguro de que él habría evitado el mal paso dado por Investigaciones.

Años después, un día en que yo llevaba un ejemplar de "Topaze" de la edición que debía aparecer al día siguiente, vi a Waldo en la puerta de "La Bahía". Sabiendo que al día siguiente debía partir a Europa, me acerqué a él para despedirme. Junto con desearle un feliz viaje le obsequié el ejemplar que llevaba conmigo.

No advertí que cerca de él estaba don Julio Bustamante, quien se nos acercó y con simpática socarronería me dijo:

—¿Le atracamos un fosforito?

Era don Julio más "topácico" que yo mismo...

* * *

Mi perpetua lucha con el intendente Bustamante se asemejaba a la de "Don Camilo" con el alcalde "Peppone" descrita por Giovanni Guareschi, en que los contrincantes aparecen como enemigos irreconciliables y, sin embargo, un lazo misterioso de simpatía los une en un plano que trasciende de la rea-

lidad. Cuando falleció don Julio, yo sentí una sincera aflicción. Era él la encarnación de la lealtad, y las arbitrariedades de que me hizo víctima le fueron, sin duda, dictadas por su entrañable adhesión a don Arturo.

Parece que alguien le sopló que el León estaba pareciéndose cada vez más a mis monos, confirmando el aforismo de Oscar Wilde de que "la naturaleza copia al arte"; y sin pensarlo dos veces me llamó a su despacho para pedirme que me abstuviera de dibujarlo, aunque más no fuera por un tiempo.

Pensó tal vez el intendente que en un par de meses don Arturo volvería a recuperar su aspecto natural.

Una revista como "Topaze" no podía dejar de "graficar" al Presidente de la República por complacer a don Julio, así es que empecé a dibujar a Alessandri por atrás. Una mañana lo seguí en su paseo cotidiano por la Alameda y lápiz y block en mano tomé nota de sus características traseras, encontrando que lo más peculiar era la manera de portar el bastón cruzado a la encorvada espalda, enganchando el cacho del mango en su hombro izquierdo. Nunca pudo imaginarse don Julio que, gracias a él, iba a salvarme de un "carcelazo". Al ser procesado por otra caricatura que no fué del agrado del Presidente y en que aparecía por detrás, el ministro sumariante me preguntó, mostrándome un ejemplar de "Topaze" en que don Arturo aparecía en su "versión posterior", si ese dibujo representaba al Presidente de la República. Yo le respondí que no era posible probarlo por estar dando la espalda... "y como S. S. sabe que soy un especialista en los rasgos fisonómicos del Presidente —le dije, completando mi defensa—, si hubiera tenido la intención de dibujarlo, lo habría mostrado por delante".

* * *

Otra jugada que le hice a don Julio fué con motivo de la propaganda de una edición especial de la revista. Había preparado yo un costoso carro alegórico que simulaba una gran jaula en la que el rey de los animales aparecía recortado, de tamaño natural, en cartón. Al solicitar el permiso para hacer transitar mi carro por las calles de Santiago, sólo se me autorizó recorrer los suburbios de la ciudad, perdiendo de esta manera toda eficacia la propaganda que yo había planeado.

Fué así cómo el día anterior a la salida del número especial, el carro alegórico pasó por las callejuelas más despobladas. Con la intención de anular esta medida, que ponía en peligro la costosa edición, me dirigí a un teléfono público y, fingiendo la voz de un correcto caballero liberal, me comuniqué con el intendente para hacerle saber que en esos momentos recorría las calles un carromato francamente ofensivo para S. E.

Acto seguido llamé a los fotógrafos de los diarios de oposición para prevenirles que estuvieran preparados para un golpe periodístico. Un cuarto de hora más tarde, y tal como yo lo había previsto, el chófer, los sujetos que iban en su interior disfrazados y el carro alegórico con león y todo fueron conducidos a la primera comisaría, bajo la acusación de desacato.

Al día siguiente los diarios publicaron con profusión de detalles y fotografías el pintoresco incidente. Gracias a esto la propaganda del número especial resultó mucho más eficaz que el carro alegórico mismo, y la edición se agotó antes del mediodía.

Otra vez que don Julio volvió a pedirme que no dibujara la cara de don Arturo, amenazándome con un proceso, le contesté que ya estaba impresa en la portada próxima, y en forma tal que no podría darse por aludido. Efectivamente, la semana siguiente, los lectores de "Topaze" vieron que el rostro de don Arturo se formaba con una mancha negra, que daba la ilusión de su clásica onda; la nariz estaba simulada por una leyenda en rojo y la boca por el título, tal como se ve en la reproducción adjunta.

Aseguran los biólogos que el hombre se transforma íntegramente cada siete años, vale decir, nuestro cuerpo se renueva así como cada día cambiamos camisa. De acuerdo con este postulado, yo me habría transformado, por lo menos, cinco veces desde la época en que desesperaba a mi madre pintándole zancudos en la pared hasta ésta, en que sacaba de juicio semanalmente al intendente Bustamante.

Pese a las materialistas teorías biológicas, creo que yo he sido siempre el mismo, así como don Arturo Alessandri fué hasta su última hora el mismo del año 20.

Larga y persistente fué mi batalla con don Julio Bustamante; pero le guardo un simpático recuerdo. La lealtad, tan común en los perros, es un raro don entre los hombres.

* * *

La portada de "Topaze" en que con letreros se forman los rasgos faciales de don Arturo.



Muy equivocados están quienes creen que los caricaturistas se ensañan por odio personal con determinados hombres públicos. Jamás yo sentí odio por político alguno; me parecen ellos personajes fabulosos, como lo son el Pato Donald o el Perro Pluto para Walt Disney. La prueba de esto es que una vez que los políticos salen del foco de la actualidad, los olvido y no vuelvo a preocuparme de ellos hasta que otra vez vuelven a entrar en la pista del circo político. Tampoco he recurrido nunca a la vida privada de mis "víctimas" para ponerlos en solfa.

Hace años me "colgaron" una caricatura en que don Arturo estaba arrodillado ante otro político, al que yo habría vestido con los hábitos de obispo y a quien el León aparecía besándole la esposa. Jamás pasó por mi mente esa infame caricatura. Sin embargo, todavía hay personas que aseguran haberla visto en una portada de "Topaze". Entre ellas estaba don Julio Bustamante, quien en cierta ocasión me la enrostró culpándome de haber faltado a la ética profesional. Lo desafié a que la encontrara en la colección completa de "Topaze", archivada en la Biblioteca Nacional. Yo me comprometía a pagarle \$ 100.000 (hoy la suma superaría al millón de pesos) si había sido publicada. En caso contrario, sería él quien me haría entrega de esa cantidad de dinero. Yo estaba completamente seguro de ganar el desafío; pero don Julio cayó, poco después, enfermo de muerte y perdí la ocasión de probarle que no soy de los que escarban en la vida privada de los hombres; ¡bastante debo sufrir buscando mis temas en el basural de la política!

Años después, con motivo de la división del Partido Conservador, y en que, como se sabe, don Manuel Muñoz Cornejo se hizo cargo de la presidencia de la fracción social cristiana, yo, de acuerdo con la política del diario en que estaba trabajando, "El Ilustrado", caricaturizaba cada semana a don Manuel en las más absurdas posturas. Conocía apenas de vista a este caballero e ignoraba por completo su vida privada. ¿Cuál no sería mi sorpresa al imponerme por el director del diario, don Luis Silva S., que el señor Muñoz Cornejo había ido a quejarse amargamente ante S. E. el Cardenal Arzobispo por la caricatura que a continuación reproduzco?

—Al llamarme *Muñoz Melancolía* —le había dicho a S. E.—, el dibujante intentó mofarse del dolor que, desde que perdí a mi esposa, atormenta mi alma.

El director le explicó a S. E. que le constaba que el dibujante no conocía al señor Muñoz Cornejo y que si hubiera podido suponer la interpretación que este caballero iba a darle a su dibujo jamás lo habría hecho. También

le explicó que lo de *Muñoz Melancolía* había sido puesto en contraposición de *Muñoz Alegría*, apellido del político con que aparece dialogando en el dibujo y que era el presidente del Partido Radical.

Caricaturas que nunca debí dibujar

El hombre de confianza del Presidente don Juan Antonio Ríos —“Don Mandantonio” lo llamábamos en “Topaze”— era mi cuñado Camilo Ramírez, que desempeñaba el puesto de Intendente de Palacio.

Cuando se empezó a hablar de una misteriosa enfermedad que aquejaría al Presidente Ríos, yo le preguntaba a Camilo, que en esa época vivía con nosotros:

—¿Qué hay de cierto en esto de la enfermedad del Presidente?

—Don Juan Antonio goza de excelente salud —me respondía invariablemente, cambiando de inmediato el giro de la conversación.

Sin embargo, como la “copucha” de la misteriosa enfermedad del Presidente continuara inflándose, fuimos muchos los que atribuimos el mal a una “enfermedad política” y así fué cómo empecé a publicar en “Topaze” caricaturas en que don Juan Antonio era mostrado en calidad de enfermo. ¡Cómo iba a imaginarme que ya estaba señalado con el dedo de la muerte! Lo curioso era que, por una extraña intuición, empecé a dibujarlo con el vientre cada vez más abultado, como si yo hubiera presentado que S. E. llevara un tumor maligno en su interior.



EL PACTO CON EL DIABLO

Muñoz Alegría: —Queda entendido que después de este pacto serán únicamente Conservador Social, porque la otra palabra es inaceptable en mi reino.
Muñoz Melancolía: —Sí, pero a cambio de dos suculentas pagas.

(“El Diario Ilustrado”, 25 de julio de 1951.)

topaze



PAJARO DE MAL AGÜERO

Don Mandantonio: Este chuncho se equivoca si cree que, como lo hizo una vez, viene a entonar un responso fúnebre...

"Topaze" 5 de mayo de 1944.

(El chuncho, en el dibujo, es don Gabriel González Videla. El vaticinio no tardó en cumplirse.)

Cuando el mal hizo crisis y la noticia trascendió, le llamé la atención a mi cuñado más o menos en los siguientes términos:

—¡Cómo es posible que no me hayas dicho la verdad; tu excesiva reserva me ha hecho incurrir en un equívoco que ha resultado de pésimo gusto!

—Era un secreto de Estado que me estaba vedado revelarte —me respondió, haciendo un pu-

chero que es muy propio de él—. Cuando yo te veía dibujar esas caricaturas sentía deseos de romperlas; pero había hecho un juramento que me sellaba la boca y me paralizaba las manos.

Y fueron varias las que hice del malogrado señor Ríos por excesivo celo del Intendente de Palacio.

El día en que falleció don Juan Antonio, Camilo llegó a casa con los ojos nublados por el llanto y me dijo:

—Era todo un hombre y así también supo morir.

Estos son algunos de los gajes de mi oficio que he debido soportar con cristiana resignación.

